

## Rock & Classic

Mireia Oliver



Image not found.

# Capítulo 1

## ***Skyelynn***

Las notas flotaban en el aire, dejando su rastro melodioso. Cerré los ojos y me concentré en el movimiento de mis dedos hundiéndose en las teclas, me perdí entre las notas, olvidando dónde estaba, y porqué estaba ahí. Perdí el contacto con el suelo, para elevarme hacia dónde las notas de Mozart me llevarían. Pero cómo todo lo bueno, no duró para siempre. Un golpe me sacó de mi trance. Un golpe de una baqueta sobre un platillo de batería, más concretamente.

Abrí los ojos y, encima el escenario, me encontré con un chico delante de una batería. Probablemente, el culpable del sonido. Le observé con los ojos entrecerrados sin dejar de deslizar los dedos por el piano, dejando que esa tan reconocida canción siguiera sonando, a pesar de no estar mirando la partitura. El chico giró la cabeza hacia mí, mirándome con unos penetrantes ojos azules.

Llevaba su pelo castaño algo largo, pero engominado hacia arriba. Un aro metálico le decoraba la nariz y el labio. Bajo su camiseta de algodón blanca de tirantes y su chaleco de cuero, se entreveían algunos tatuajes que carecían de sentido para mí. Unos vaqueros gastados y unas Converse negras completaban su atuendo. Me miró de arriba abajo y esbozó una sonrisa que me mareó.

—Hey, niña pija, esos pantalones podrían estar algo más cortos, ¿no?

—Olvídate. —Espeté.

—Oh, vamos, no te enfades. Esa camiseta, podrías bajártela un poco, iy que se viera un poco de carne!

—¿Me meto yo con tus pintas de macarra de carretera?

—¿Macarra de carretera? —Se echó a reír—. Me encantan tus motes, princesita.

—¿De dónde te sacas que yo sea una princesita?

—De tus pintas, sólo mírate. Esos pantalones mal cortados, que podrían ser más cortos, así me alegras la vista. Esa camiseta, que podría estar más baja, por las mismas razones, ese colgante musical, unas Vans sin calcetines y esa pulsera rodeando tu tobillo. Ese pelo pelirrojo cayendo por tu espalda irregularmente y esos ojos verdes enmarcados en unas gafas de pasta. ¿Sigo, niña pija? No sé como no te han elegido para estar

de portada en Tumblr.

Miré mi ropa, la cual veía muy bien, no enseñaba demasiado, pero tampoco iba como una monja de clausura. Ni puta, ni recatada. Algo normal. No sabía que veía de malo ese chico en mi ropa, aunque claro, para gustos, los colores. Igual que a mi no me gustaba su ropa, tal vez él opinaba lo mismo de la mía. Lo miré y me encogí de hombros.

—Tus pintas tampoco son de mi agrado, y no voy diciéndotelo a la cara.

—Me gustaría oír sus comentarios de moda, señorita... —Hizo una pausa para que le dijera mi nombre, con burla, pero no lo hice.

—Bien. ¿Qué gracia le ves a agujerearse la cara, y mancharse la piel con tinta permanente? Tal vez debas mirarte unos nuevos pantalones, que esos ya van listos de papeles, y esas Converse les falta un buen lavado. Tampoco le veo la gracia a enmarcarse los ojos azules en delineador negro, siendo un chico. La chupa de cuero, creo que sobra. ¿Sabes? El rollo macarra no te pega.

—¿Has acabado?

—Eghm, sí, creo. —Contesté, descolocada.

—Perfecto. ¿Y si hacemos un trato? Tú dejas de tocar a esos hombres que hace demasiados años que están muertos, te modernizas en cuanto a piano y te permito hacerme un cambio de look. ¿Qué dices?

—¿Modernizarme en cuanto a piano? ¿A qué te refieres? —Pregunté con el ceño fruncido.

Me levanté del banco del piano y me acerqué a él. Se levantó, a su vez, del taburete y ambos nos encontramos en el centro del escenario del auditorio del conservatorio. Sonrió de lado y me observó de arriba abajo de nuevo.

—¿Has pensado alguna vez a tocar el teclado, en vez de un piano de cola?

—No, nunca.

—Sinceramente, no sé cómo puedes tocar ese muermo de música. ¡Ni siquiera es bailable de forma moderna!

—Oh, claro. El rock sólo te destroza los oídos, nada importante.

—Puedo demostrarte cuando quieras, niña pija, que el rock es la mejor

música de la faz de la tierra.

Se acercó más a mí, quedando a sólo un paso de distancia. Alargó el brazo, cogió la clave de sol y la corchea que colgaban de una cadena en mi cuello y las examinó con cuidado. Mi respiración se volvió irregular, lanzando bocanadas de aire excesivas. Su mirada bajó de su mano, en la que sujetaba mi collar, hasta internarse dentro del escote de mi camiseta. Sonrió con perversión. Noté el calor subirme a la cara y colorear mis mejillas.

—Creo que esto... —Tiró de mi camiseta hacia abajo—. Debería estar así. Muchísimo mejor.

Su tono de voz había descendido a un grado más grave. Cogió el borde de mi pantalón y me lo subió. Caminé hacia atrás para librarme de él y de sus manos, pero siguió mis pasos hasta que choqué de espaldas con el piano y me acorraló con sus brazos, apoyando las palmas en la superficie negra y lisa que formaba la carcasa de éste. Sentía su respiración tranquila por todo mi cuerpo. Tenía la camiseta demasiado bajada y los pantalones demasiado arriba, enseñando demasiado. Mi corazón galopaba desbocado en mi pecho, y tenía la respiración irregular. El chico, en cambio, parecía que estuviera paseándose por un verde prado.

—Tienes unas curvas que haría perderse hasta al conductor más experimentado, niña pija. Y yo soy uno de los que quieren perderse en ti. Si me lo permites, claro.

—Aléjate. —Dije, escupiendo las palabras con asco.

—¡Kane! —Gritó alguien que no reconocí al fondo el auditorio.

El chico se separó de mí.

—Tenemos un pacto, Skyelynn. No lo olvides. —Entreabrí los labios, sorprendida de que supiera mi nombre.

Me guiñó un ojo y salió por la puerta de metal, dejándome sola en medio del auditorio. Pocos segundos después, los focos que estaban encendidos sobre mi cabeza se apagaron. La puerta volvió a abrirse, y el chico de antes asomó la cabeza dentro.

—No le cuentes esto a nadie, niña pija. Lo negaré todo.

—¡Ni soy una niña, ni soy pija! —Exclamé, harta, cuando pude reaccionar—. Y no te preocupes, bandarra, no tengo intención de compartir con nadie el peor momento de mi vida.

—Eso está por ver, niña pija. Nos quedan muchísimos momentos juntos.

Tras guiñarme de nuevo un ojo, desapareció para no volverlo a ver en el resto del día. En vista de que el auditorio ya no tenía luz, salí de allí y caminé por las calles abarrotadas de Viena. En mi mente se reproducía una y otra vez la voz del chico del auditorio que respondió al nombre de Kane. Un nombre bastante extraño, a decir verdad. Poco común. Y me resultaba vagamente familiar.

Seguí caminando hacia mi casa, con ese chico asqueroso en mi mente. Si por mí fuera, me iría ya a Italia, para no volverlo a ver nunca. Aunque me llamaba muchísimo la atención el hecho de que quisiera que le cambiara el look, a cambio de tocar el teclado. De tocar rock.

Llegué a la casa unifamiliar que compartía con Hayley Daugherty, mi mejor amiga, y saludé al entrar. Subí a mi habitación y puse a cargar el teléfono, ya que había muerto en el auditorio, cuando interpretaba a Mozart en todo su esplendor. Tras conectarlo a la corriente, apreté el botón durante unos segundos y la pantalla cobró vida. Dejé que se abriera y me metí en el baño. El agua caía sobre mi cuerpo desnudo desanudando mis músculos cansados de estar en una única posición, curvada hacia delante, con los hombros tensados deslizando los dedos por las teclas. Eché hacia atrás los hombros, y éstos rugieron haciéndome sentir liberada de la presión. Salí del cubículo donde estaba el plato de ducha y enrollé una toalla blanca alrededor de mi cuerpo. Volví a mi habitación y escribí la contraseña, desbloqueando el móvil. Me salió una notificación de alguien a quien no conocía. O al menos, no me sonaba su username.

Anonimous94: «Sólo deseo volver a verte.»

—¡Skye! —Exclamó Hayley, sobresaltándose.

—Hola a ti también, Hay. Mis oídos te agradecen de forma sarcástica ese grito. —Hice una mueca, sobándome el oído más cercano a ella.

—Ríete cuanto quieras, jovencita. ¿Qué tal el conservatorio?

—¿Jovencita? ¿En qué maldita época vives? —Suspiré—. He tenido días mejores, la verdad.

—¿Un apuesto galán a caballo tiene algo que ver?

—En absoluto. Más bien un troglodita forrado de cuero en una Harley, para ser exactos.

—¡Un chico malo! —Chilló Hayley dando saltos y palmas cual idiota—.

Nombre, edad, ¡Todo!

—Lo único que sé, pequeña cotilla, es que responde al nombre o mote de Kane, y que toca la batería. Bueno, más bien la aporrea.

Rodé los ojos al recordar al tipo. Hayley me miraba fijamente. Su sonrisa se había esfumado por completo, dejando una sombra de pequeñas arrugas y una fina línea, su rostro había perdido todo rastro de color y negaba con la cabeza. Jamás la había visto más seria. Algo andaba mal.

—Aléjate de él. No vuelvas a intercambiar ni una sola palabra, sílaba o letra con él. ¿Me has entendido? Nada. De. Hablar. Con. Vaughan. Kane.  
—Marcó las sílabas como si le fuera la vida en ello.

—Está bien, está bien. —Levanté las palmas de mis manos, pidiéndole en silencio que se calmara—. Pero, ¿qué pasa con él?

—Está enfermo de la cabeza. —Se dio unos golpecitos en la sien con el índice—. Sólo, prométeme que te mantendrás lejos de él.

—Lo prometo.

—¡Perfecto! Asunto arreglado. —Una nueva sonrisa se colocó en su rostro, pulcramente perfecta.

«Maldita bipolar»

Hayley se levantó y salió de mi habitación. Todo el asunto de Vaughan Kane me rondaba por la cabeza. Quería respuestas a todas las preguntas que se me formaban en ella, pero no quería forzar las cosas. Desbloqueé el móvil y otra incógnita se formó en mi abrumada mente. ¿Quién era Anonymous94?

## Capítulo 2

### **Vaughan**

—¡Aberaham! —Grité nada más entrar en casa.

—Hola a ti también. —Dijo con ironía.

Apoyé las palmas de mis manos en las rodillas, curvándome hacia delante e intentando recobrar la respiración. Bocanadas de aire salían entre mis labios, haciendo que mi pecho subiera y bajara más rápido de lo habitual.

—La he visto, Abe. La he visto. —Murmuré con jovialidad. Una sonrisa se abrió paso en mi rostro.

—¿A quién?

— Skyelynn. —Suspiré—. Y he hablado con ella

.—¿iQué has hecho qué!? —Exclamó mi hermano fuera de si—. ¿Acaso has perdido la cabeza por completo?

—No me ha reconocido. —Miré al techo—. Y me odia.

—Normal que no te haya reconocido. ¡Eres totalmente distinto! Ni aunque oyera tu nombre... Tal vez le resulte familiar, pero ella te conocía como «el hermano de Abe». —Marcó las comillas con los dedos.

—Lo sé. Pero ella... Oh, Dios, Abe. Ella es perfecta. Está igual, aunque más madura. No ha cambiado en absoluto.

—Estás más pillado por ella de lo que creía.

—Tengo que volver a verla, tal vez mañana vuelva al conservatorio...

—Tú no vas a hacer tal cosa, Vaughan, ¿me has oído? Decías que te odia, ¿no? Pues así vas a parecer un acosador, y te va a odiar más aún. Espera que empiecen las clases.

Resoplé. No quería esperar, necesitaba verla. Después de tanto tiempo necesitaba estar de nuevo a su lado. Volver a vivir lo que vivimos juntos. Reírnos juntos. Leer juntos. Verla todos los días, aunque fuera en un pasillo de hospital, como por aquel entonces.

—Lo haré. —Prometí. Aunque no sabía si sería capaz de hacerlo.

Abe asintió no muy convencido. Subí las escaleras de dos en dos y no me detuve hasta llegar arriba del todo, al tejado. Siempre subía allí para estar a solas, pensar, componer, leer o hacer cualquier cosa que me mantuviera ocupado el tiempo suficiente cómo para que mi enfermedad no hiciera acto de presencia y la liase.

Miré al cielo, azul inmaculado. Ni una sola nube hacía acto de presencia. Estaba limpio, puro, como Skyelynn. Ella y el cielo tenían algo en común. Eran lo contrario, el extremo opuesto, a mí. Sacudí la cabeza y miré a la calle. Parejas paseando de la mano, chicas y chicos con sus perros, niños correteando. Vidas perfectas en apariencia, como la mía, pero sumidas en la oscuridad por dentro. Aunque mi oscuridad, no era más que un agujero negro, que necesitaba la luz del sol para desaparecer. Y ese sol, era ella. Aunque ella rehuía de mí. Y lo entendía. La primera frase que había cruzado con ella, no era la más idónea. En realidad, nada de nuestra conversación era idóneo. Pero eso justamente era lo que quería. Que se alejara de alguien tan tóxico como yo. Pero a su vez, quería que se resistiera y acudiera a mí, a que tapase el agujero negro de mi existencia con su luz.

El ruido de mi teléfono móvil me sacó del trance en el que me encontraba. Lo saqué del bolsillo trasero de mi pantalón. El nombre de mi único amigo de verdad brillaba en la pantalla con letras blancas y una foto suya. Una que se sacó a si mismo con mi móvil una noche de verano.

—Vaughan. —Dijo nada más descolgar.

—Forest. —Respondí.

—Sólo unas palabras. Fiesta. Ésta. Noche.

—Perfecto. Mandame la dirección y allí estaré.

—Bien, pasemos a lo importante. ¿Qué tal con esa pija estirada del conservatorio?

Porque sí, él era quien nos había interrumpido cuando estaba a punto de besarla, cuando la tenía acorralada contra el piano. Decidí no contarle nada y escurrir el bulto diciéndole que en la fiesta entraría en detalles. Él, fastidiado, colgó sin despedirse. Sabía que no podría verla hasta que no pasaran unas semanas, hasta que no empezáramos la universidad. Pero necesitaba y anhelaba estar junto a ella.

Me vestí, y tras avisar a mi hermano, salí de casa. Me monté en la Harley y aceleré sin soltar el embrague, quemando rueda. Cuando vi que ya era suficiente, salí disparado hacia la dirección que me había proporcionado Forest mediante un mensaje por Whatsapp. Pero no sabía cuán agradecido iba a estarle, por el aviso de la fiesta. Nada más entrar, me

encontré a Forest hablando con dos tías despampanantes, pero opté por no acercarme.

Siempre hacía lo mismo, me presentaba a la amiga fea de la tía a la que quería tirarse esa noche, para luego darle la patada por la mañana. No le veía sentido a eso. Yo no lo hacía, al menos. Sin embargo, mi táctica de huida no funcionó. Forest me llamó y no tuve más remedio que acudir como un niño al que van a llevarle a un sitio donde no quiere ir. Dijo los nombres de ambas chicas, presentándomelas, pero no me quedé con el nombre de ninguna. Pasaba del rollo de una noche. Como mucho, me liaba a bailar con más de una, para pasar el rato, pero no pasaba de ahí.

Sendas chicas y Forest me arrastraron a la pista de baile. La morena se colocó delante de mí, y empezó a moverse al ritmo de la canción que sonaba por los altavoces. Segundos después, le seguía el ritmo. Se dio la vuelta, quedando de espaldas a mí, y movió el culo de forma provocativa. Yo seguía moviéndome como antes. No quería entrar en ese juego, porque sabía que iba después. No quería una noche de sexo con una tía que desaparecería al día siguiente, como si nada.

Levanté la vista y me encontré a la última persona que pensaba ver allí. Skyelynn estaba de pie, apoyada en la pared fuera de la pista de baile, con una chica y un chico. Los tres se reían. No podía apartar la vista de ella. Su atuendo no se parecía en absoluto al que llevaba en el conservatorio esa tarde. Llevaba una falda corta y negra, subida hasta la cintura, que dejaba ver sus piernas a la perfección, con un top blanco estampado en pequeñas flores de colores. Dejando ver algo de su torso entre la falda y el top. Unos tacones no muy altos complementaban su atuendo. Su pelo pelirrojo caía en bucles por su espalda. El mundo pareció pararse a mi alrededor, no me di cuenta de que la canción había acabado y había dado paso a otra, ni que la morena con la que bailaba se había ido. Sólo podía mirar aquellos ojos claros que me observaban desde lejos. Conectados con mi mirada.

## Capítulo 3

### ***Skyelynn***

Las lágrimas se acumulaban en mis ojos a medida que las páginas del libro que leía se acababan. Sabía que ese capítulo iba a ser el más duro de la trilogía, pero no esperaba que acabara así. Admiraba demasiado a ese personaje cómo para que acabara muriéndose, encima de la misma enfermedad que yo padecía: cáncer. Aunque mi caso fuera diferente.

Ese personaje me ayudó a ver la vida de otra forma. E iba a proponerme ser la versión femenina de Icarus Bright, pero en pobre. Porque estaba claro que yo no podría invitar a mis amigos a un viaje por Europa, ya que apenas podía pagarme uno para mi misma. Pero obviando ese detalle —ese y muchos más, ya que no era hija de un magnate de las empresariales— podía tener visión de futuro, como él, en vez de encerrarme en mi habitación. En mi fuerte literario.

Terminé el libro y cerré los párpados. Dejé caer mi cuerpo contra la pared sintiendo un enorme vacío dentro, como cada vez que terminaba una de mis innumerables sagas, trilogías o libros independientes. Me pasaba la vida sumergida en libros, apenas salía de mi habitación para comer o ir al instituto, o dentro de unas semanas, la universidad. Me levanté de la cama sorbiendo por la nariz y coloqué el libro, junto a sus dos primeras partes, en lo alto de mi estantería literaria. Me aparté unos pasos y miré la pared. En ella, estanterías formaban una escalera, que empezaba en el suelo y ascendía hasta la pared contigua. En lo más alto, estaban los libros que más me habían marcado o los que más me habían gustado, como: Bajo la misma estrella, la trilogía Play —la que me acababa de terminar—, Hija de humo y hueso, entre otros. Dirijo la mirada hacia la pared que tengo justo en frente. Un armario-estantería ocupa la pared entera, aunque aún esté medio vacío.

Allí guardaba los libros que sustituía de la escalera. Guardándolos con la misma clasificación que en ésta: abajo los que menos me han gustado, y arriba los que más. En ese armario, la balda de arriba la ocupaba la saga entera de Harry Potter, Narnia, los libros de Laura Gallego y los de Carlos Ruiz Zafón, seguidos de Albert Espinosa, Federico Moccia y Gemma Lienas. En la balda de abajo, estaban los libros de mi infancia, así como Geronimo Stilton, Kika Superbruja, y cuentos populares infantiles. Debajo, las obras clásicas: La Odisea, Orgullo y Prejuicio, Jane Eyre, Romeo y Julieta...

Desvié la mirada a la pared a mi izquierda, en la que situaba la puerta, mi escritorio con el ordenador y mis carpetas de estudio. Encima de la mesa, estaba la estantería de la música. Dónde tenía también el reproductor de música. One Direction, Five Seconds Of Summer, Olly Murs, Demi Lovato,

The 1975, Birdy, Lana del Rey, entre otros. Se aguantaba ahí sin orden ni concierto. En la pared restante, la ventana y la cama. Un ruido en la puerta me hizo girar hacia allí.

—¿Vienes esta noche? —Me preguntó Hayley.

—¿Vendrá Nick? —Alcé una ceja y sonreí.

—Sí. —Sonrió, con alegría.

—Genial, me toca ser la sujetavelas. —Reí a carcajadas.

—¿¡Vienes!?! —Exclamó ilusionada.

—Sí. Debo dejar mi fuerte literario y vivir. —Me encogí de hombros.

—¿Qué libro te ha drogado, Skye, que le hago un pedestal?

Me reí a carcajadas. Señalé la saga Play, de Javier Ruescas y ella se postró delante de la estantería e hizo como si rezara hacia La Meca. Reí con más fuerza, y ella se contagió. Se levantó del suelo y me miró. Sabía que esa mirada no iba a traerme nada bueno, incluso cuando me cogió de la muñeca y me arrastró hasta la habitación diminuta que estaba entre la mía y la suya, dónde teníamos el vestidor. Se internó en ella y se dirigió hacia la parte izquierda, la mía. Sin dudarle, cogió mi falda negra y un top blanco con flores de colores diminutas y me lo lanzó a la cara.

—Te podrás eso. —Dijo con voz autoritaria, la cual no permitía réplica. Asentí y me lo llevé a la habitación—. ¡Espera!

Me alcanzó antes de que pudiera entrar a mi habitación y puso en mis manos un par de tacones negros. Me guiño un ojo y se perdió dentro de la diminuta sala de nuevo. Me encerré dentro de mi habitación y enchufé las tenacillas a la pared. Me vestí, y me arreglé el pelo con ellas, dejándolo peinado en pequeños bucles cobrizos. Me apliqué un maquillaje muy ligero y me observé en el espejo. No sé cuánto tiempo tardé en arreglarme, pero cuando bajé, Hayley y Nicolás, mi mejor amigo y novio de Hayley, estaban abajo esperándome.

—¡Joder, Skye! —Silbó Nick. Hayley le dio un golpe en las costillas con cariño y celos, estos últimos, fingidos.

—Vuestra sujetavelas está lista. —Sonreí

—Hoy vamos a presentarte a alguien. —Hayley me guiñó un ojo. Rodé los míos.

—Es un chico que entra este año también a la universidad... Mi primo, para ser exactos. —Dijo Nick, alzando las cejas varias veces, con picardía.

—Si tiene tus genes, amigo, me caso con él hoy mismo. —Bromeé.

Los tres reímos a carcajadas. Salimos de casa y cerré la puerta con dos vueltas de llave. Subimos al coche de Nick. Ellos delante; él conduciendo y ella de copiloto, y yo atrás, sola. Sabía que al volver, yo sería la que conduciría, dado que era la única que no bebía de los tres. Llegamos a la casa donde se celebraba la fiesta y entramos. No había mucha gente, ya que aún era pronto. Había una improvisada pista de baile y un chico subido a una mesa con función de tarima con lo que parecía ser una tabla de mezclas.

La música sonaba alta, hasta tal punto de embotarte la mente. Nick, Hayley y yo nos quedamos al margen de la pista, de pie apoyados en una de las paredes de la sala. Dirigí la mirada hacia la pista y distinguí una cara conocida. Vaughan Kane estaba bailando con una pomposa morena en medio de la pista, y era un espectáculo para mayores de dieciocho. Arrugué la cara. Como no. Me centré en mis mejores amigos, intentando evitar mirar al moreno con piercings y tatuajes. Hayley y Nick empezaron a recordar momentos de otras fiestas que sucedieron en esa casa. Intenté prestarles atención, sin mucho éxito.

—¡Cayó redondo! —Exclamó Hayley, partiéndose de la risa.

—Dios, Skye, tendrías que haber estado allí. ¡Parecía como si le hubiera poseído algún ser satánico! Estaba allí —Señaló una improvisada barra de bar formada por mesas medianamente altas—. Perdió el equilibrio y cayó al suelo. Se convulsionaba... ¡Sólo faltó que tirara espuma por la boca!

Los dos se rieron y me uní a ellos por simpatía, nada más. Me arrepentía de haber venido. Este no era mi sitio. Al menos, no aún. ¿Una fraternidad universitaria? Por Dios, ese era el sitio idóneo de Hayley, el mío estaba en una biblioteca que no cerrara nunca. Por desgracia, no existían. Bien, tampoco así, pero un bar, o cualquier sitio más tranquilo sí. No era una santurrón, bebía de vez en cuando y ni siquiera era virgen, pero aún así, las fiestas de universidad no me iban en absoluto.

Dirigí la mirada a la pista de nuevo. Vaughan estaba de pie y quieto en medio de la pista. La morena había desaparecido. Me miraba directamente a los ojos, y no podía apartar la mirada de los suyos. Parpadeé, pero igualmente, sus ojos me atraían como un imán. Sonreí de lado. Había venido para vivir como una persona adulta ¿no? Iba a ser la imagen femenina de Icarus Bright, e iba a empezar ahora. Me despedí momentáneamente de Nick y Hayley y me acerqué a la pista,

colocándome delante de Kane.

—Hola. —Sonreí.

—Hey. —Hizo un movimiento de cabeza.

—¿Bailamos? —Ladeé la cabeza, coqueta, y alcé una ceja.

—¿Nosotros dos? ¿Juntos? —Preguntó señalándonos a ambos, sorprendido. Me esperaba una carcajada por su parte, con burla, pero no sucedió.

—No sé si llegaré a la altura de la morena de antes, pero podríamos intentarlo. —Me encogí de hombros—. Aunque si no quieres, puedo buscarme a otro.

Miré por encima de mi hombro, donde Nick y Hayley estaban con un chico moreno con cierto parecido con mi mejor amigo. Su primo, supuse. Vaughan me cogió de la muñeca y me pegó a su cuerpo. Me dedicó una sonrisa, haciendo que el aro que tenía en el labio se estirara. Y juro que no me morí ahí mismo, porque aún no me caía simpático. Pero tenía una de las mejores sonrisas que había visto nunca. Lástima que no la mostrara de seguido. Bailamos durante bastante tiempo, ajenos a todo lo que nos rodeaba. Levanté la cabeza y miré al chico que tenía delante directamente a los ojos. Él me devolvió la mirada y me mojé los labios con la lengua. Dirigió la mirada hacia allí y antes de que me diera cuenta, sus labios acariciaban los míos.

El tiempo perdía su magnitud. No sé ni cómo ni cuándo, acabé de nuevo en mi habitación con Vaughan. La ropa volaba por la habitación, pero lo único que me importaba en ese momento, era él, su cuerpo y su voz susurrándome cosas al oído. La noche finalizó con él enterrándose en mí hasta que ya no tuvimos fuerzas para seguir y llegamos al clímax.

## Capítulo 4

### **Vaughan**

El sol me incidía en los ojos. Me coloqué el antebrazo en los ojos y miré a mi alrededor, desorientado. Esa no era ni mi cama ni mi habitación. Me incorporé sobre los codos pero no vi a nadie a mi lado ni en la sala. Era una habitación de una lectora empedernida, no había otra forma de explicarlo. Allá donde mirases había libros. Oí unas voces por el pasillo y me deje caer de nuevo sobre el colchón. Reconocí la voz al instante. Estaba en casa de Skyelynn. Maldije en voz baja. Levanté la sábana y miré mi cuerpo. Genial, estaba desnudo en la cama de Skye cuando se suponía que debía estar alejado de ella.

—¿Admirando tu poderío? —Preguntó alguien desde la puerta. Bajé la sábana al instante, pero la sábana formaba una pequeña campaña algo vergonzosa.

—¿El poderío que experimentaste ayer? Sí, es posible. —Dije, volviendo a mi borderío natural. Tenía que alejarme de ella, como fuera.

—Lamento decepcionarte, chico desconocido que aporrea baterías, pero he tenido polvos mejores.

—Y yo que lo dudo. Gritabas fuerte, eh. —Le guiñé un ojo y ella se sonrojó hasta la raíz del cabello, se podría decir que hasta hacía juego con él.

—Bien, ya puedes irte. —Se encogió de hombros y se marchó de la habitación.

«¿Marcharme?»

Sí, ahora sabía que sentían las tías a las que Forest se llevaba a la cama cuando se despertaban al día siguiente. Al fin y al cabo, Skye sí había cambiado, como todos. Me levanté sin molestarme en taparme y busqué mi ropa, la cual no veía por ninguna parte. Me llevé una de las manos a la cadera y la otra me la pasé por la cara hasta acabar pinzando mi labio inferior con el pulgar y el índice. Una chica entró a la habitación con ropa en la mano, mi ropa. La observé, era la chica que había visto ayer con Skyelynn en la fiesta. Al ver mi cuerpo, la chica soltó un grito y cerró la puerta de golpe. Me reí como nunca.

—¡Tápate! —Gritó.

Me estiré y cogí una toalla que estaba encima de una silla. Me la enrosqué en la cadera y me observé en el espejo. Tenía marcas de chupetones y mordidas por todo el torso y el cuello. ¿Quién me iba a mí a decir que ella

fuera tan salvaje? Un móvil sonó en la mesa y me giré hacia allí. No era el mío, sino el de Skye. La curiosidad me pudo. Lo cogí y lo desbloqueé. Hay que ser un poco corta de mente para poner 1994, de contraseña. Cualquiera que sepa su fecha de nacimiento puede desbloquear el teléfono.

Anonymous94: «Skye, ¡conteeeeeeeesta!»

Anonymous94: «Por favor, sé que tal vez no hables con users que no conoces, pero ¡nos conocemos!»

Anonymous94: «Está bien, responde cuando quieras.»

Había por lo menos cien mensajes del aquél tipo y Skye no había respondido a ninguno de los mensajes. ¿Quién era y que quería de ella? Estaba claro que como me cruzara con el tal anonymous ese le partía la cara. La ira iba en aumento y me obligué a calmarme, pero no sirvió de mucho. El tío seguía escribiendo como si la vida le fuera en ello. La amiga de Skye avisó de que iba a entrar y que más me valía estar tapado. Dejé el móvil a un lado y esperé a que entrara. Estaba cabreado, muy cabreado. Pero ella no tenía por qué pagarlo. Ni ella, ni Skye, ni cualquiera que estuviera a mi alrededor. Me repetí la frase mil veces, como un mantra.

—Aquí tienes tu ropa. —La dejó encima de la cama.

—Gracias... —Esperé a que me dijera su nombre.

—Hayley. —Sonrió.

—Encantado, Hayley. Soy...

—Vaughan Kane, sí lo sé. Todo el mundo te conoce. Ya sabes, por tu enfermedad.

—Ya, bueno, es algo que siempre me va a perseguir. —Me encogí de hombros.

—Te dejo que te cambies. —Dio media vuelta y salió cerrando la puerta detrás de ella.

Me vestí con rapidez. La ropa olía a Skye, o tal vez fuera yo quien estaba empapado de ella. Lo que sí tenía claro es que esa noche la había hecho mía, aunque sólo fuera por una noche, ya que me estaba dando la patada. Pero había sido lo mejor que me había pasado desde que me fui de Manchester. Cuando la dejé atrás en ese hospital. Cuando la dejé atrás a

ella. Mi móvil sonó. Era Abe.

—¡Vaughan, por tu santa vida! ¿iDónde demonios estás!? —Bramó mi hermano.

—En casa de Skye.

—¿iPero tú te has vuelto loco, V!?

—Sé cuidar de mi mismo, Abe. Y llevo loco desde que nací, gracias.

—Vaughan...

—No, déjame. Volveré a casa después de pasar por el gimnasio o enloqueceré en serio.

—Ya hablaremos luego. Y más te vale no haber hecho ninguna gilipollez de las tuyas.

Colgó. Salí de la habitación y bajé las escaleras. Abajo estaban Hayley, Skye y un chico, el chico de la fiesta. Rodeaba la cintura de Hayley desde atrás. Su torso estaba apoyado en la espalda de ella. Supuse que serían novios o algo por el estilo. En ese momento no sabía qué hacer, si irme sin más, acercarme a despedirme o qué. Pero el chico me ahorró la cavilación.

—¡Vaughan Kane! Joder, Skye, como te lo montas. ¡Vas a ligas mayores!

—Él ya se iba. ¿Verdad? —Dijo Hayley, matándome con la mirada. Fruncí el ceño. Esta chica era algo bipolar...

—Eghm, yo... —Balbuceé. Skye se acercó a mí y me condujo hasta la puerta.

—Mira, Vaughan... No debí entrarte ayer de esa manera y mucho menos perder el control hasta acabar aquí. Así que espero que esto quede... Olvidado.

Sentí como si me hubiesen pegado una patada en el estómago, y me hubiesen rematado con un rodillazo en la cara.

—Por supuesto, niña pija. —Contesté, resuelto, enmascarando la herida sangrante que tenía en el pecho—. Pero que sepas que yo no me voy a la cama con cualquiera. No soy de ese tipo. Y, como ves, no te mentí en el conservatorio. Aún tenemos algo pendiente, y tendrás más episodios conmigo. —Salí de la casa, quedándome en la entrada, de cara a ella.

—Yo tampoco. Fue... Un momento de locura. Pero, aquí acaba todo.

—Me parece bien. Pero aquí no acaba nada, es sólo el principio.

Eché a andar y ella no me dijo nada más. Caminé por las calles de Viena hasta mi gimnasio habitual. Lo malo de todo aquello, era que yo no podía dejarlo correr. Por que ella no era una tía cualquiera que conoces en una fiesta. Habíamos compartido un pasado juntos. Demasiados años. Y ahora ella ni me recordaba. Entré en el edificio y me dirigí a los vestuarios. Abrí mi taquilla y me cambié la ropa con olor a Skye por mi ropa de deporte. Salí y choqué de frente con una chica. Vestía pantalones de yoga muy ajustados y una camiseta de fitness cruzada en la espalda que le colgaba hasta medio muslo y se le veía todo por los lados. La observé de arriba abajo. Me era bastante familiar.

—Lo siento. —Dije. La chica me sonrió.

—No te preocupes.

Hizo un saludo con la cabeza y se alejó hacia el vestuario femenino colocado al final del pasillo. Salí a la sala de sacos y empecé a aporrear uno de los más grandes, descargando toda mi ira en él. Las palabras de Skye se repetían en bucle en mi mente y se entremezclaban con las del tal anonymous. Ese acosador que perseguía a Skye por SnapChat. Sacudí la cabeza y golpeé con más fuerza el saco. La chica de antes apareció delante de mí y me lo sujetó, haciendo fuerza. Seguí golpeando.

—Vaya, alguien ha tenido un mal día. —Sonrió.

— Ni te lo imaginas. —Resoplé.

—No, es cierto. Cada uno tiene sus motivos. Cada vida es distinta y ninguna es fácil. ¿Qué te ha pasado a ti?

—Digamos que me han echado de la casa de la chica que me lleva gustando desde que tengo memoria después de habérmela tirado.

—Golpeé el saco con más fuerza y casi tumbo a la chica, ella ni se inmutó y se recompuso al instante. Soltó el saco.

—¿Sus padres? —Fruncí el ceño—. ¿Os han pillado sus padres?

—No, me ha echado ella alegando que había sido un error.

—Así que... Me dejaste anoche por una tía que alega ser un error. —Rió. La miré confuso. Ella ignoró la expresión de mi rostro y siguió hablando—. A ver si adivino. No estáis juntos, pero tú estás loco por ella. ¿No?

—Tal cual. Y súmale que ella no me recuerda. —Respondí aún confuso.

—Es complicado. —Rió de nuevo, de forma cantarina—. Por cierto, soy Danielle.

—Vaughan.

—Nos veremos pronto, Vaughan.

Y sin decir nada más, se fue, dejando tras de sí una promesa que no entendí en ese momento, pero que más adelante sabría de qué iba aquello. Y fue entonces cuando la recordé. Era la morena con la que bailaba anoche.

## Capítulo 5

### ***Skyelynn***

Miré mi maleta. Sólo faltaba poner pocas cosas y estaría lista para irme. Pero había algo que me lo impedía, no sabía que era, pero sentía que debía quedarme por algo. Hayley entró en mi habitación y me miró. Estaba plantada en medio de la sala mirando al infinito. Mi mejor amiga chasqueó los dedos delante de mi cara, haciéndome volver a la realidad.

—¿Se puede saber qué haces ahí empanada? ¡Tenemos que irnos!

—Exclamó—. Nos están esperando, así que mueve el culo.

—¿Están? —Fruncí el ceño—. ¿No estaba sólo Nick?

—También viene Peter, su primo. —Sonrió con malicia.

—¡No quiero nada con él! ¡Y lo sabes, Hay! —Me crucé de brazos indignada.

—Oh, vamos Skye... —Comenzó ella.

—Ni. Lo. Sueños. —Siseé—. Que se venga, al fin y al cabo es el primo de Nick, pero no intentéis nada raro o me cojo el primer vuelo de Italia hasta aquí en un santiamén.

—Está bien... —Resopló—. Pero, Skye, me preocupas. De verdad. Te alejas de todo aquel que quiere acercarse a ti. Y eso no es sano.

— No quiero encariñarme de más gente, Hay. Me queda poco en esta vida. No quiero hacer sufrir a nadie más. Ya me duele hacéroslo a vosotros...

Me di la vuelta, dándole la espalda. Vi por el reflejo del espejo que asentía y dejaba la habitación. Desistía de seguir intentando que hiciera vida social, o más bien que consiguiera una pareja estable. Y era lo mejor que podía hacer. Habíamos tenido la misma conversación muchas veces, había intentado hacerme cambiar de idea otras tantas, pero no iba a desistir. Tenía claro que mi vida estaba limitada. Mi cuerpo se había encargado de decírmelo con ésta metástasis avanzada.

Metí lo que me faltaba en la maleta y me vestí. Mi móvil vibró en mi bolsillo pero no lo saqué de allí. Suspiré y cerré la cremallera, cerrando así el pacto conmigo misma. Tenía que ser una versión pobre de Icarus Bright, y lo iba a ser. Aunque sólo fuera a Italia y se me hubiese colado alguien. Aunque prefiriera que fuera otra persona quien se hubiera colado en el coche de Nick. Aquél que se había colado en mi cama y en mis

sueños. Aunque esos sueños parecieran más recuerdos de la infancia que otra cosa.

—Vaya, ya creía que teníamos que llamar al tanatorio, Skye. —Intentó bromear Nick, pero a mi me sentó como una patada en la boca del estómago.

Hayley le pegó un codazo con tanta sutileza y disimulo que se notó hasta en China. Nick se disculpó con la mirada y yo no pude hacer más que hacer un ademán con la mano diciéndole que no importaba. Guardé la maleta en el maletero y me senté detrás, en el lado derecho de coche. Hayley se puso de copiloto y Nick conducía. Peter estaba a mi lado, e intentaba ignorarlo. Saqué el móvil y miré el mensaje. Era otra vez aquél tipo. ¿Acaso no se cansaba de hacer el idiota? ¿No tenía orgullo? Al parecer tenía el orgullo y la vergüenza enteros, sin usar.

Anonymous94: «No entiendo por qué no contestas. Me lees y me ignoras. Sólo quiero saber algo: ¿Por qué?»

Me quedé mirando el mensaje durante un tiempo infinito. Analizando ese y los mensajes anteriores. Él sólo quería que le hablase. No entendía el porqué de tanto afán por una respuesta mía. Por otra parte pensaba que tal vez si le respondía me dejara en paz, aunque cabía la posibilidad de que se pusiera más pesado. Dudé unos segundos más hasta que decidí hacerlo. Si se ponía pesado, siempre podría ignorarlo.

SkyeHeld: «Simplemente no hablo con anónimos ni desconocidos. Caperucita Roja me enseñó sobre eso.»

Levanté la mirada hacia la ventana y observé el paisaje que pasaba ante mis ojos. Nos quedaba un largo viaje desde Viena hasta Italia, y lo más seguro es que tuviéramos que hacer un cambio de conductor, o sea, que tendría que cambiarme con Nick al cabo de unas horas ya que éramos los únicos que conducíamos. El móvil vibró en mis manos y suspiré. El tipo no se cansaba. Y eso que había intentado parecer lo más estúpida posible. Miré el móvil, pero no era un mensaje de SnapChat. Más bien un mensaje de un número que no conocía de Whatsapp.

Desconocido: «Hola, Skye.»

Yo: «¿Hola? ¿Quién eres?»

«Escribiendo...»

—Vaya, Skye, hablas mucho por el móvil. —Dijo Hay mirándome por el espejo retrovisor—. ¿Quién será?

— Yo te lo digo, amiga. —Respondí con desdén—. Un acosador de SnapChat y un desconocido que me acaba de hablar por What's.

Peter a mi lado se atragantó con su propia saliva y todos los del coche, incluido Nick, le miramos. Hayley alzó una ceja en su dirección y él se subió las gafas con el dedo índice avergonzado. Lo observé bien. No me había fijado en él nunca. Era moreno, con la piel algo bronceada, ojos marrones que se ocultaban detrás de unas gafas de pasta negras y enormes que le ocupaban media cara. Una nariz recta y unos labios finos y sonrosados. Tenía la mandíbula algo cuadrada. Ahora que lo miraba bien tenía su cierto atractivo. Nunca había pensado que fuera feo ni nada por el estilo, pero ahora lo veía... Distinto. Era como el típico empollón, pero en versión guapa. Un friki guapo.

Desconocido: «Tal vez no quieras saber nada de mí, así que decirte mi nombre tal vez te haga ignorarme»

Yo: «Pues si no me lo dices, te ignoro. Así de fácil. No pierdes mucho, la verdad.»

Desconocido: «Está bien, vas a ignorarme de todas formas. Soy Vaughan.»

—Ya sé quién es el desconocido de What's. Y no sé si ignorarlo, bloquearlo, pasar de él o hablarle.

—¿Quién es?

—Vaughan Kane. —Suspiré.

—Ignóralo y bloquéalo. —Dijo Hay.

—Pasa de él. —Siseó Peter.

—Háblale. —Dijo Nick con la mirada fija en la carretera.

—Gracias, sois de gran ayuda. —Dije, irónica exagerando la palabra «gran».

Me quedé unos segundos mirando la pantalla. Guardé el número como "Vaughan", me mordí la uña del dedo pulgar durante un rato, mientras miraba por la ventana y me debatía interiormente si contestarle o no. No era mal chico, a parte de la primera vez que nos vimos se portó bien conmigo, e ignorarlo y dejarlo en visto me parecía algo cruel, sin hablar ya de bloquearlo. Cogí aire y toqué la barra de abajo. Me salió el teclado y puse los dos pulgares encima de él, sin decidirme qué escribir.

Yo: «Oh, vaya, Vaughan. ¿Qué tal?»

Pulsé el avioncito y solté el aire que contenía. ¿Por qué me ponía así? Sólo era un chico estúpido que consiguió lo que nadie había conseguido: llevarme a la cama el primer día de conocernos. Había pasado ya una semana desde ese día, y sólo quedaba una semana de vacaciones de verano y la iba a pasar en Italia, así que no tendría que volver a verlo hasta que empezara el curso. Pero ahora que tenía mi número, todo cambiaba.

Vaughan: «Bien, gracias. Yo... Quería, no sé, ¿quedar? Ya sabes, tenemos algo pendiente. (;»

Yo: «Va a ser imposible eso, Kane. Estoy de camino a Italia.»

Vaughan: «¿Italia? ¿Vas a ir a vivir allí o algo?»

Yo: «¡No! jaja. Voy a pasar allí la última semana de vacaciones.»

Vaughan: «Oh, vaya. Bueno, pues lo posponemos para cuando vuelvas. ¡Usted no se me escapa, señorita Helders!»

Me reí. Y ni siquiera sabía por qué. Hayley me miró mal desde delante y la ignoré por completo, el acosador de SnapChat también me hablaba, pero también le ignoraba. Vaughan estaba siendo muy distinto a la primera vez que hablé con él. Incluso distinto a cuando estuvimos en la fiesta y a lo que vino después. Y yo no sabía que me estaba pasando en ese momento. Presentía que a ese chico tatuado, con piercings en la cara, y de ojos claros, lo conocía de antes. Pero eso era imposible... O eso creía.

La semana en Italia fue de lo más extraña. Ni más que decir que Peter y yo acabamos haciéndonos mejores amigos de la nada. Todo sucedió de una forma bastante... Incalificable. Estábamos en un bar de un pueblo italiano. Habíamos decidido no ir a ninguna de las grandes ciudades, ya que allí había de todo menos italianos. Allí, sentados en una terraza, cada uno iba a su bola. Yo escribía en mi libreta-diario, Nick y Hayley pelaban la pava como dos críos con su primer noviazgo, y Peter... O bien estaba con el móvil, o bien intentaba iniciar conversación. No le prestaba la más mínima atención, tampoco. En cuanto terminé de escribir, un grupo de chicos se acercó a nosotros. Eran españoles, y chapoteaban bastante mal el inglés, por lo que con una sonrisa, les contesté en castellano. Ellos me lo agradecieron con sonrisas aliviadas.

—¿Sabéis dónde queda la estación? —Preguntó, uno de ellos. Era alto, demasiado, y moreno. Tenía los ojos castaños y era demasiado delgado para mi gusto.

—¡Claro! —Dijo Peter, de la nada. Me giré hacia él, y me reí por su efusividad española recién adquirida, ya que de normal es algo taciturno y oscuro.

Tras darle las indicaciones a los chicos, que eran unos cinco en total, éstos se fueron y volvimos a hablar en alemán. Miré a Peter, y reí, recordando su efusividad, y aprovechando que Hayley y Nick no entendían el idioma, nos pusimos a hablar en castellano, para molestarles.

—Que sepas que iba a contestarles yo, a esos chicos. —Dije, en español.

—Pues... ¡mala suerte! —Dijo él, en el mismo idioma—. ¿Te he fastidiado el ligue?

Peter subió y bajó las cejas, de forma pícara y no pude más que reírme a carcajadas. Tras un rato bastante largo de bromas en español, Nick, mirándome, exclamó, en alemán:

—¡Pegáis muchísimo como mejores amigos!

Peter me miró y sonrió ampliamente.

—De ahora en adelante, eres mi mejor amiga.

Y, con eso, se acabó el momento más absurdo del que tenía memoria. Volvimos a Viena dos días después, entre risas, recordando en el coche, el momento de la terraza.

## Capítulo 6

### **Vaughan.**

Iba de camino a la universidad de Viena. Llevaba una semana hablando con Skyelynn por What's App y no podía ir mejor. No teníamos una relación amorosa, que es lo que yo más deseaba, pero algo era algo. No quería que nada ni nadie lo fastidiara. Sabía que no me sería fácil ganarme su corazón, ya tenía su amistad, más o menos, pero no quería fastidiarla por nada del mundo. Tendría que ir poco a poco, con cuidado. En el plazo de un mes, en el que la había reencontrado y reconocido, me di cuenta de que no era mucho más distinta de lo que la recordaba, aunque sí más madura, como era lógico. Habíamos tenido un mal principio, o bueno, según se mire. Al primer día de conocerla ya estaba en su cama por la noche, y eso aún no sé como clasificarlo. Sabía que no sería fácil, ya desde pequeña se negaba a dejarse querer, por lo que, en aquel, momento, me sería aún más complicado llegar a ella.

Caminé con la vista fija en la pantalla de mi teléfono. Aún no me había respondido a mi primer mensaje del día. No es que estuviera obsesionado mirando el teléfono durante toda la semana, pero ese día en especial me sentía como un quinceañero con su primer amor. Iba a verla después de estar una semana hablando. Hablábamos como si ella me recordara, como si ella supiera que nos conocíamos de toda la vida. Pero lo dudaba. Por mucho que me doliera, sabía que no era así, y que nunca lo sería. Me dolió saberlo en su momento, y me sigue doliendo ahora.

Levanté la vista justo a tiempo para no chocarme con alguien. Esquivé a la chica dando un paso a la derecha en el último segundo. La miré detenidamente y fruncí el ceño. Esa chica me era familiar, demasiado familiar. La chica, al verme, me sonrió. Se acercó a mí y me dio dos besos en las mejillas, me quedé algo parado. Ella se dio cuenta y se rió.

—¿Qué pasa, V? ¿No me reconoces? Creía que tenías más luces. —Dijo ella con una sonrisa burlona en los labios—. Ya van dos veces.

La observé detenidamente. Su cabello oscuro le caía en cascada por la espalda, sus grandes ojos marrones se escondían detrás de unas gafas de pasta que ocupaban la mayor parte de su cara. Vestía una blusa fina azul cielo y unos vaqueros ajustados que definían su figura, una figura que reconocí. Era la chica del gimnasio. Y de la fiesta de hace dos semanas.

—¿Danielle? —Pregunté. Ella asintió—. Estás... Distinta.

— Querrás decir que no estoy asquerosamente sudada y con ropa de deporte.

— Nunca imaginé que serías una nerd, sinceramente.

— No soy una nerd, V. Tienes la definición de este término algo oxidada. Soy una geek. —Me guiñó un ojo, divertida por mi confusión.

—No veo la diferencia de ambos términos, sigues siendo una empollona.

—Tal vez. —Se encogió de hombros—. Pero al menos no tengo que gastarme dinero en la universidad, es más, ellos me pagan por estudiar aquí.

—Así que funcionas por becas, ¿no? Interesante. Contigo podría vivir de gorra tranquilamente.

—Ni lo sueñes, intento de chico malo. Ya sabes, tú y yo no pegamos ni con cola. Se supone que tú eres quien va a por las tías buenas, y yo la que sueña contigo. Pero parece que en esta historia se invierten los papeles.

Se rió, y eso me hizo reír a mí. Avanzamos por el campus y vislumbré una cabellera rojiza que caía en bucles por la espalda de una hermosa chica. Sentí el pulso acelerarse y la boca se me secó. Ella, como si mi presencia la invocara, se giró y me vio. Una sonrisa se esbozó en sus preciosos labios rojizos pero desapareció al ver que tenía compañía femenina. Volvió a girarse, cogió a Hayley por el brazo y entró en la facultad de ciencias. Debí quedarme blanco y estático, por que Danielle chasqueó los dedos delante de mi cara.

—¿Estás bien? —Miró en dirección a la que Skye había desaparecido, en una facultad que no le pertenecía, o eso creía.

—Sí, supongo que sí.

—¿Era ella? —Asentí—. No me extraña que no pierdas la cabeza por ella. Es guapísima. Pero no hablan muy bien de ella. Es una rata de biblioteca insociable. Sólo tiene dos amigos, Hayley Daugherty y Nicolás Daniels.

—Te olvidas del gran Vaughan Kane.

—No lo conozco, jamás había oído su nombre. —Me sacó la lengua—. Nos vemos, V.

Me despedí de ella con un gesto de cabeza y desapareció dentro del edificio de química. Saqué el móvil del bolsillo. No había ni rastro de la pelirroja. Cogí aire y lo solté lentamente, eran las ocho y veinticinco de la mañana, y mi primera clase empezaba en cinco minutos. Abrí la conversación con Skye y la releí toda, desde que le hablé hace una semana hasta el «buenos días» de hace media hora. Toqué la barra inferior y apareció mi teclado personalizado. Deslicé los dedos por él. No quería que nada fastidiara lo que fuera que teníamos, y mucho menos cualquier historia que se esté montando ella en su cabeza.

Yo: «Skye, ¿por qué te has ido de repente? Necesito hablar contigo»  
«Visto. 08:26 a.m.»

Me mordí el labio inferior con fuerza. La ira empezaba a acumularse en mi organismo. Podía sentirla bullendo. Tenía que salir de allí lo más rápido posible, pero mi mala suerte del día iba empeorando. Forest apareció con el brazo por encima de los hombros de una chica, una que me sonaba de algo, pero no lograba ubicarla. Tenía que deshacerme de ellos. Y tenía la excusa perfecta.

—Buenas, me voy tío, tengo clase en nada.

Pasé de largo y seguí caminando hacia el campus de educación física. No era mi área de estudio, ni siquiera se acercaba un poco, pero necesitaba descargarme, y necesitaba hacerlo cuanto antes. Atravesé a paso rápido el césped y la cancha de baloncesto, las animadoras se me acercaron pero las ignoré como siempre hacía. Estaban tan acostumbradas a mí que ya ni siquiera se molestaban.

Llegué al gimnasio y abrí las puertas con fuerza, chocaron contra la pared

de ladrillo con un golpe seco. Busqué con la mirada la puerta que daba al almacén de material, crucé el gimnasio con el eco de mis Converse resonando a cada pisada, pero me detuve al oír una voz familiar que venía de las gradas.

—«Habré de levantar la vasta vida.

Que aún ahora es tu espejo:

Cada mañana habré de reconstruirla

Desde que te alejaste,

Cuántos lugares se han tornado vanos.

Y sin sentido, iguales

A luces en el día.

Tardes que fueron nicho de tu imagen,

Músicas en que siempre me aguardabas,

Palabras de aquel tiempo,

Yo tendré que quebrarlas con mis manos.»

Reconocí los versos de Ausencia, de Jorge Luis Borges. Miré por las gradas pero no la encontré. Esa poesía la recitó una y otra vez cuando perdió a su padre. ¿Por qué la recita ahora? ¿A quien siente haber perdido? Su voz no cesaba de recitar.

—«¿En qué hondonada esconderé mi alma

Para que no vea tu ausencia

Que como un sol terrible, sin ocaso,

Brilla definitiva y despiadada?

Tu ausencia me rodea

Como la cuerda a la garganta,

El mar al que se hunde.»

Seguí el sonido de su voz. En las gradas no había nadie, en todo el gimnasio en general. Pero ella no estaba en un lugar visible, estaba escondida, debajo de la estructura de metal y madera pintada de los colores de la universidad que rezaba algo en alemán. Me metí entre dos asientos y la encontré de espaldas a mí, apoyada en una de las vigas de metal mirando hacia arriba. Había acabado de recitar el poema, pero sólo había parado para tomar aire, supuse, porque empezó con otro del mismo autor y de tema similar. Despedida, se titulaba.

—«Entre mi amor y yo han de levantarse

Trescientas noches como trescientas paredes,

Y el mar será una magia entre nosotros.»

—«No habrá sino recuerdos.

Oh tardes merecidas por la pena,

Noches esperanzadas de mirarte,

Campos de mi camino, firmamento

Que estoy viendo y perdiendo.

Definitiva como un mármol

Entristecerá tu ausencia otras tardes». —Completé.

—¿Qué haces aquí? —Preguntó Skye sin mirarme.

—Lo mismo podría preguntar de usted, señorita Helders. ¿Qué haces aquí, recitando a Borges? —Me senté a su lado, a una distancia prudencial.

—No es de tu incumbencia. Deberías estar en clase.

—Igual que tú. Además, ¿qué importa? Tampoco soy un cerebritito. Nadie va a echarme de menos allí. Ni Forest.

—A mi tampoco. La biblioteca y este sitio son los únicos que aguanto. Y no por que odie estudiar, sino por los compañeros. Parece que mi presencia les molesta. —Suspiró.

—A mi no me molesta. Es más, me agrada.

—Gracias, supongo.

Me encogí de hombros.

—De nada.

—Pero tú tienes a la chica de antes. Se te veía feliz. Yo, en cambio, sólo tengo a Hayley y Nick. Y créeme, estar de aguanta-velas no es divertido.

—¿Hacemos un trato?

—¿Otro? Aún tenemos pendiente algo, Vaughan. —Me miró por primera vez en días.

—Si, otro. Del que tenemos pendiente me encargo yo. Mira, nos vamos a clase, y luego acepto ser amigo de una antisocial que recita poesía sola en un gimnasio. ¿Qué opinas?

—Bien. —Sonrió.

Al ver que yo había conseguido que ella, la chica con la que llevaba soñando desde niño, sonriera; me hizo sentir muchísimo mejor que cuando golpeaba un saco de boxeo. Infinitamente mejor.

## Capítulo 7

### ***Skyelynn.***

Atravesé la sala en silencio. Sólo se oían mis pasos repiqueteando contra la moqueta del suelo. Abracé contra mi pecho la libreta que tenía entre las manos. Subí, lenta y cuidadosamente, los escalones, haciendo que el repiqueteo de mis zapatos se hiciera más pausado, como si fueran las campanas de una iglesia dando las cinco. Avancé unos pasos más hasta sentarme en el banco aterciopelado. Bajé, con cuidado y delicadeza, la tapa del piano negro de cola que estaba en el centro del escenario. Puse la libreta encima de la tapa cerrada y dejé el bolígrafo en la intersección entre una página y la otra.

Esa libreta llevaba acompañándome desde que había empezado el año. Mi madre solía regalarme una cada uno de enero, desde que me ingresaron en el hospital de Manchester, con cinco años de edad. Ella solía escribir cada cosa que me ocurría, desde mi nacimiento, hasta esa fecha, donde continué yo el ritual, aunque a regañadientes y por necesidad. No quería que mi día a día constase, minuto a minuto, en una libreta que cualquiera podría ver. Pero, situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas. Y, en aquel momento, las necesitaba. Como las necesitaba ahora. Coloqué la fecha del día en la esquina superior derecha, la subrayé y, una línea más abajo, empecé a relatar, como si de un cuento se tratase, lo que me había ocurrido desde que me había despertado hasta ese mismo instante en el que estaba escribiendo. Me sorprendí a mi misma escribiendo, con rabia, lo que había sentido al ver a Vaughan con la geek morena. Si es cierto que me lo había encontrado, y que debía figurar en la libreta diario, pero... La rabia que sentía no era normal. Subí el volumen de mis auriculares, en los que en esos momentos sonaba una canción bastante popular. «7 years», de Lukas Graham. Escribí, lentamente, todo lo que recordaba. Pero había algo en lo que decía la canción que me hizo dejar de escribir. Escuché con atención, entendiendo cada una de las palabras. La puse de nuevo.

«Cuando tenía 7 años, mi madre me dijo, ve a hacer algunos amigos o estarás solo. Cuando tenía 7 años.»

Tragué saliva en grueso. Algo en mi interior dio un vuelco, como si aquello me hubiese pasado a mí. Pero no podía asegurarlo, ya que no recordaba nada de mi pasado. Cogí aire. Terminé de escribir lo que tenía a medias. Relaté todo lo ocurrido en las horas que llevaba despierta. Describí las sensaciones que sentía en esos momentos con la canción de Lukas Graham.

«Nota mental: releer la libreta del año 2001.»

Dejé la libreta a un lado vacío del banco del piano. Saqué el móvil del bolsillo trasero de mi pantalón vaquero semi roto. Más bien, rajado por la rodilla y desgarrado hasta haberse abierto un boquete que me ascendía por el muslo. Los pantalones me venían algo grandes, por lo que pude sacar el teléfono sin dificultades. Busqué la base musical de «7 years» en

internet, para piano. Una vez encontrada, le hice una captura de pantalla y lo coloqué en el atril del piano. Me familiarice con la melodía, escuchándola con atención, primero con la letra, y luego sin ella. Minutos después, me atreví a intentar tocarla. Fallé las primeras veces, pero no me rendí. Era una base sencilla. Se repetía durante la mayor parte de la canción. Salvo en el estribillo, que era cuando más fallaba. Dejé de tocar y escuché la melodía de nuevo, sin la voz del cantante. Sólo la base. Eso hizo que me diera cuenta de que había una batería, también. Sin poder remediarlo, Vaughan me vino a la mente. Él, tan masculino, tan rebelde en apariencia... Recitando a Borges. Cerré los ojos, dejando que la melodía fluyese de nuevo por los auriculares, pero sin la voz, no era lo mismo. Volví a reproducirla. La voz de Lukas Graham fluyó tras una pequeña introducción de piano. Escuché con atención, grabándome la letra en la mente. Sonreí cuando acabó. Llevé de nuevo los dedos al teclado. La toqué una sola vez. Reproduciendo a la perfección cada una de las teclas. Pulsando el pedal en el momento justo. Poco después, me animé a cantar la letra, aunque con más torpeza que el cantante original.

—Vaya, no creía que fueras tan buena. Al menos, has seguido mi consejo de dejar de lado a esos señores de la época de la tos. —Murmuró Vaughan, a mi lado, con uno de los auriculares que tenía anteriormente en las orejas en la mano.

Pegué un salto del susto. Él, en cambio, soltó una risita por lo bajo. Le arrebaté el auricular de entre los dedos, y él se rió más alto.

—¿Qué tocabas? —preguntó, tras unos segundos, en los que se recuperó de sus carcajadas.

—«7 years», de Lukas Graham... —Musité.

—Deléitame.

Me sonrojé con violencia. No soportaba que nadie me mirase mientras tocaba, y mucho menos, que me oyeran cantar. Y sentir su mirada sobre mí, no ayudaba en absoluto. Aún así, me armé de valor, cogí aire, y me incliné sobre el teclado. Conecté Spotify a un volumen demencial, para olvidarme de todo, y le di a «play» a la canción. La toqué, olvidándome de que Vaughan, con su imponente altura y su intimidante postura, estaba allí, escuchando y viendo cada movimiento que hacía. Sin saber por qué, cantarla delante de él, hacía que esa canción significase más para mí. Me hacía sentir que de verdad era parte de mí y de mi pasado, y extrañamente, también del suyo. Sacudí la cabeza para quitarme esa idea de la cabeza. Era imposible.

—Wow. Sinceramente me has sorprendido, niña pija.

—No es para tanto... —Musité.

Él sonrió, sin decir nada. Rodeó el banco en el que estaba sentada, por detrás. Se colocó delante de la parte del banco que yacía vacía, excepto por el hueco que ocupaba mi libreta, cerrada con una goma. En la tapa, rezaba la frase: «Never stop to dream, make it true».

—¿Puedo? —Susurró, como si me estuviera confesando su mayor secreto. Asentí, pestañeando. Su voz, grave y profunda, parecía una especie de melodía.

«Para ya, Skye. —Me dije a mi misma—. Tienes que olvidarte de cómo

suenan su voz, tienes que olvidarte de él.»

Quitó la libreta de encima del banco, dejándola en el lado opuesto.

Vaughan se sentó allí, recto. Cogió aire y puso los dedos encima de las teclas blancas y negras, con delicadeza, y empezó a acariciarlas con sumo tacto. Con el dedo pulgar e índice de la mano derecha, tocaba dos teclas más cercanas a mí que a él, de la menor escala. Reconocí la canción en el acto. Era una canción únicamente de piano, que me enseñaron en el primer año, por su facilidad. «Intro», de Black Elk. Tras una pequeña pausa de dos silencios de corchea, pasó a las teclas de una escala más grave, para luego volver a la escala anterior.

Lo observé alelada, como si fuera la primera vez que escuchaba un piano. En cuanto acabó, se giró hacia mí, abriendo los ojos y dejando ver el color cristalino que habían adoptado. Solían ser de un color oscuro, casi siniestro. Pero en ese momento, parecía más el azul que adquiere el cielo en verano.

«¿Pero qué estoy diciendo?» Sacudí la cabeza, liberándome de esos pensamientos.

—¿Desde cuándo tocas? —Musité. Él, sonrió.

—Desde que una niña me enseñó, hace muchos años. —Suspiró, apartando la vista de mí.

—¿Una niña? —Fruncí el ceño.

—Sí. —Sonrió con melancolía, los ojos le brillaban—. Mi amor de la infancia, Skye. Una chica que estaba conmigo... En el hospital en el que estaba ingresado. No estábamos en la misma planta... Pero siempre coincidíamos en la planta central, en las horas de descanso. Me enseñó a tocar en un piano de juguete.

Reí. Por un momento, pensé en cómo fue Vaughan de pequeño. Y esa historia me sonaba, como si fuera algo que hubiese leído. Algo ajeno a mí, pero que me lo había vivido de cerca. Era una sensación angustiante, que me oprimía el pecho. Miré el reloj, donde marcaba una hora demasiado tardía. Miré a Vaughan Kane, quien estaba sumido en sus pensamientos, en un mundo en el que solo vivía él. Puse una mano en su espalda, y se giró hacia mí. Sonreí.

—Tengo que irme. —Musité, sin muchas ganas de cumplir lo que decía.

Él sólo asintió, recuperándose. En ese momento, una duda me asaltó, como si hubiese aparecido un cartel de neón en mi mente. No pude pararme a mi misma antes de formular la pregunta:

—Por casualidad... ¿Tenías siete años, cuando pasó eso que me acabas de contar?

Vaughan, ligeramente sorprendido, asintió, en ese extraño mutismo en el que se había sumido, como si hubiese hablado demasiado. Cogí aire, y salí del auditorio, con tanta prisa, que acabé colisionando de frente con el pecho de un chico. Me fui hacia atrás, pero él me sujetó antes de que cayera al suelo.

—Deberías ir con más cuidado, Skyelynn. —Dijo él, con sorna.

—Hola, Forest. —Reí.

—No tienes remedio... —Sonrió—. ¿Está Kane ahí?

—Ajá. —Asentí—. Aunque... Está algo ido.

—¿Cuándo no está ido, este chico? Encantado de volver a verte.

—Igualmente, bosque frondoso. —Le saqué la lengua. Él, en respuesta, rodó los ojos.

Salí del conservatorio. Fuera, en la calle, llovía a cántaros. Corrí lo más rápido que pude hasta casa, resguardando la libreta entre mis brazos, dentro de la chaqueta fina que llevaba. Era otoño en Viena, y era el primer día que llovía. Llegué a casa empapada hasta arriba. Hayley salió a mi encuentro, y al verme, estalló en carcajadas.

—Maldita... —Dije, entre dientes. Ella, al oírme, se rió con más ganas. Ignorándola, subí a la carrera hasta mi habitación. Me quité la chaqueta, dejándola tirada por cualquier sitio, sin mirar donde caía. Abandoné la libreta encima de la cama y me puse de rodillas en el suelo. Saqué de debajo de la cama una caja con ruedas. Rebusqué dentro hasta dar con una libreta infantil, con las páginas algo amarillas. Era de Winnie The Pooh, y ponía 2001 en la portada. Cogí aire y empecé a leerla, desde el día 1 de enero, hasta el 31 de diciembre. O, al menos, hice el intento.

Unos nudillos chocaron contra la puerta de madera de mi habitación, dando tres suaves golpes. Cerré la libreta y sonreí. Sin necesidad de levantar la vista sabía quién era. Hayley nunca llamaba a la puerta, y aún menos si ésta estaba abierta. Nick hubiera chillado como un crío de seis años, haciéndome saltar, asustada. Pero él no. Él era demasiado educado y dulce como para hacer eso.

—¿Se puede?

Me giré y asentí, con una sonrisa. Él, por su parte, entró en la habitación, subiéndose las gafas sobre el puente de la nariz. Coincidíamos en la clase de lengua castellana, por lo que supuse que venía por ello. Y no me equivoqué. Peter dejó sus apuntes encima de la cama, con delicadeza y sumo mimo.

—¿Te molesta si pongo música de fondo? —Pregunté, levantándome del suelo, tras haber guardado la caja de libretas.

—¿Tendrá letra? —Preguntó él, a su vez.

—Pretendía poner música de únicamente piano, pero si quieres...

—No, no. Canciones de base de piano me parece bien. —Me cortó, sonrojado.

—Perfecto, entonces. —Sonreí y me encaminé a la estantería de los CD. Miré varios discos pero ninguno me convencía. Los tenía todos demasiado oídos. Chasqueé la lengua. Peter se acercó a mí por detrás, pero se quedó a una distancia prudencial. Me giré hacia él.

—Y... ¿Cómo es que te gusta tanto la base de piano?

—Bueno, yo... Soy pianista.

Él alzó las cejas, sorprendido.

—¿De verdad? A mi siempre me ha interesado la música. Aunque el piano no era uno de los instrumentos que hubiese tocado en caso de poder apuntarme a un conservatorio.

—¿Y cuál hubieses elegido? —Pregunté, con curiosidad.

—Percusión o... Tal vez el saxofón.

—¿Te gusta el jazz? —Esa vez, la sorprendida fui yo.

—Me apasiona. —Sonrió.

—Aún estás a tiempo de aprender, si te lo propones.

—El caso es... No es que me falten ganas, Skye. Estoy falto de otras cosas...

Me mordí el labio inferior.

—Entiendo... Tengo un amigo que lo toca, si quisieras... —Musité.

—No, gracias, de verdad... Pero debo centrarme en los estudios. Y, hablando de ellos, vamos a ponernos en marcha.

Reí. Conecté el reproductor de música y conecté el iPod al pedal. Abrí Spotify y puse una playlist que tenía creada, dónde sólo había canciones de base musical. Música instrumental de todo tipo de instrumentos. Volví a la cama.

—Bien, ¿cuál es tu problema?

—No, más bien... Es tuyo. —Contestó él, sin mala fe—. Esto de la cohesión no lo llevas bastante bien.

—Bueno, sí... Pero lo hemos dado sólo hoy. Tengo que estudiarlo, y entonces todo sobre ruedas.

—¿Segura?

—Totalmente.

Él me miró poco convencido y sonreí. Lo cierto era que estaba diciéndole la verdad. Me costaba un poco pillar las cosas con sólo una clase, pero con un poco de estudio, solucionado. Conseguí convencerle de que así era y no puso más objeciones. De pronto, empezó a sonar «Can't Help Falling In Love», de Svenssons Treo y Monika Bring. Una canción de saxofón únicamente. Reí. Peter, en cambio, se levantó y me tendió una mano.

—¿Me hace el honor, señorita Helders?

Yo, en pleno ataque de risa, acepté su mano. De un tirón, me levantó de la cama y me pegó a su cuerpo, pero, inmediatamente, se separó medio paso. Mi risa remitió, y lo miré con la cabeza ladeada. Vi que su nuez subía y bajaba y sonreí. Era bastante adorable cuando se lo proponía. Y cuando no, también. Bailamos por mi habitación como dos locos, partiéndonos de la risa hasta que la canción remitió. Después, Intro, de Black Elk empezó a sonar. Vi en el espejo mi cara degradándose, de la risa hasta la seriedad. Vaughan... ¿por qué apareces siempre para atormentarme? Suspiré.

## Capítulo 8

### **Vaughan.**

Bajé, corriendo, las escaleras que unía mi puerta con el portal. Llevaba puesto un auricular en la oreja derecha. El otro, colgaba sobre mi pecho, balanceándose debido al trote con el que descendía hacia la calle. Sonaba «Adventure of a lifetime», de Coldplay. Cuando iba por el segundo piso, advertí que bajaba las escaleras al ritmo de la canción y sonreí. Sin saber por que, estaba más contento de lo normal y ya no sentía la necesidad de ir dos veces al día, como mínimo, a un gimnasio. Abrí la puerta de cristal y me topé de frente con Forest.

—¡Joder, tío! —Exclamó. Yo, por mi parte, fruncí el ceño.

—¿Qué haces aquí?

—Verás, quería llevarte en mi carrusel, dulce princesa. —Rodó los ojos—. ¿Tú que crees, imbécil?

—¡Y yo que sé, tío! Déjate de gilipolleces. Voy a llegar tarde.

—No entras hasta las nueve. —Me miró de reojo.

Le ignoré y me coloqué la mochila sobre el hombro. Empecé a caminar hacia la universidad. Forest me siguió cual perro faldero. Suspiré. No me lo quitaba de encima ni con agua hirviendo. Aumenté la velocidad de mis pasos. Él me siguió el paso. Maldecí entre dientes.

—Vaughan, ¿la prisa que tienes no será por la pelirroja, verdad? —Sonrió con picardía.

Me paré en seco. Él siguió caminando y riéndose. ¿Qué sabía él, y por qué acababa de hacer ese maldito comentario? Me apresuré a llegar a su altura. Lo cogí del cuello de la camiseta y lo estampé contra la pared más cercana.

—¿Qué coño sabes, Forest?

—Sólo sé que cuando te hablo de Skye, te pones como loco, tío. Y eso sólo puede significar una cosa.

—No me jodas, Forest.

—Tranquila, princesa. No voy a decir nada.

—Por la integridad de tus malditos cojones espero que no abras esa puta boca tuya.

Se rió y lo solté. Cabreado, empecé a caminar de nuevo. Tenía una idea en mente, y no pensaba dejar escapar el día. Y mucho menos que el idiota de Forest me lo arruinara. Susodicho llegó a mi altura y recorrimos la mayor parte del camino en silencio. Pero a cada paso que daba, me iba tirando atrás. Era una mala idea. Ella no me recordaba y lanzarme a la piscina medio vacía no era una buena idea. ¿En qué maldito momento había pensado que funcionaría? Sacudí la cabeza.

—Había pensado en invitarla la semana que viene. —Dejó caer Forest.

—¿A tu casa? ¿En serio? Tío, pues espero que arregles esa leonera.

—Ni que me la fuera a follar.

Le tiré una mirada de advertencia. Él, por su parte, hizo la mímica de cerrarse la boca con una cremallera y asentí. Maldito idiota. Llegamos al

campus y la vi. Habían pasado unos días desde que había aparecido en uno de sus ensayos y había tenido el privilegio de escucharla cantar. Pero había algo que me rondaba por la mente. Esa pregunta. La pregunta que me lleva como loco desde que me la formuló.

«Por casualidad... ¿Tenías siete años, cuando pasó eso que me acabas de contar?»

¿Qué recordaba Skye? Si es que recordaba algo, claro. Tal vez fuese esa canción... La de Lukas Graham. Decía algo de siete años... ¿Podría yo hacer que recordara ella su pasado? ¿Podría ser su medicación? ¿Su bálsamo reparador? Era mucho esperar, pero... Quien sabe, podría funcionar. Never say Never.

Corrí hasta ella, con Forest siguiéndome con la mirada. Pero antes de que pudiera llegar a su altura, el chico de las gafas se me adelantó y le dio dos besos. Reducí la velocidad hasta quedarme parado. Ella se veía muy feliz junto a él, y sin duda él era su mejor opción. Era listo, educado, un buen chico en toda regla. Y yo... ¿Qué era yo? Un bala perdida, un desalmado. Aunque podría ser peor, ¿no? Resoplé. Skye se giró hacia mí y sonrió. Se despidió del moreno y se acercó a mí. Paró de caminar a unos pocos metros de mi persona, sin internarse en la hierba que tenía yo bajo mis pies.

—Hola, Vaughan. —Sonrió.

—Skyelynn. —Moví la cabeza despreocupadamente, arreglandome el pelo.

Ella se quedó parada, sin mirarme. Otra diferencia con el resto de gente. Suele parecer bastante sociable con el resto, pero conmigo... Parecía que era otra persona.

—Deberíamos hacer alguna canción juntos. ¿Qué opinas?

—Me parece bien. —Sonrió, mirándome.

Silencio de nuevo. Jugaba con sus dedos, retorciéndolos. Oí unos pasos y me giré. Forest había llegado a nuestro lado, como quien no quiere la cosa. Cogí aire y cerré los ojos.

—Skye, ¿tú quieres matarme?

—No, ¿porqué? —Respondió ella, confusa. Sin embargo, permanecí con los ojos cerrados.

—En serio. Cada vez que andas me olvido de respirar, cada vez que miras en mi dirección se me corta la respiración y cada vez que sonrías... El mundo se me hunde.

Abrí los ojos, temiendo su reacción. Ella se me quedó mirando con la boca semi abierta. Y yo, sólo quería que la tierra me tragase. Forest se detuvo detrás de mí, pero no dijo nada. No quería ver la cara de ninguno de los dos. ¿Por qué le había dicho eso? ¿Me había vuelto loco? Cuando levanté la vista, Skye seguía ahí, mirándome. De pronto, se echó a reír, como si le hubiese contado el mejor chiste del mundo. Y me quedé más planchado de lo que ya estaba. Había sido una estupidez, sí. Pero era realmente lo que pensaba. Me reí con ella, para no quedar más en evidencia. Nunca me había sentido tan estúpido. Las mejillas de la pelirroja estaban de un color similar a su pelo. No podía advertir si estaba sonrojada o simplemente era la rojez que adquiriría al reírse.

—Vaughan, cualquier día me matas tú a mí. —Dijo ella, recuperándose de la carcajada.

—¿Por qué? —Pregunté mirándola.

—Por todo lo que dices. Aunque, a decir verdad, ha sido bastante bonito. Tal vez... Consigas enamorar a alguien con eso.

—¿A ti, por ejemplo? —Sonreí.

—No, Vaughan. —Rió de nuevo, suavemente.

—¿Qué debe hacer tu galán apuesto para enamorarte?

—Mi galán ya se cuidará de saberlo. —Me guiñó un ojo y me dio un beso en la mejilla—. Debo irme a clase. Nos vemos luego, chicos.

Skye se alejó hasta internarse en su facultad, con gracilidad y alegría. Yo, en cambio, me quedé parado en mitad del campus, lamentando mi torpeza. Debí haber pensado antes de soltar cualquier cosa. A Skye no se la enamoraba así como así. No era como las demás. Si quería estar con ella, debía hacerlo bien. Dando justo donde ella más podía emocionarse. Y sólo tenía dos vías de escape. La música y la literatura. E iba a aprovecharlo.

—Tío, buena jugada. —Dijo Forest, apareciendo de detrás de mí.

—¿Estás de coña? —Bufé.

—No. Parece una chica dura, y se resistirá a ti todo lo que pueda. Pero la has sorprendido, y eso es lo que ellas buscan.

—¿Buscan que las sorprendan? —Lo miré, frunciendo el ceño—. Eso será con las que lidias tú de la discoteca. Skye... Es distinta al resto de la población femenina.

—No, no es tan distinta como crees. No es una chica fácil, de eso estoy seguro. Pero sólo tienes que sorprenderla con tus mejores dotes, tío. Y la tendrás en el bolsillo en menos que canta un gallo. Pero tienes que currártelo.

—Lo haré

—Si quieres una ayudita... Ya sabes dónde estoy.

Me reí. Forest vio a una chica pasar por delante de nosotros y sólo le faltó sacar la lengua y mover el rabo como un perro. Aunque cierto rabo... Ya estaba en movimiento. Chasquéé la lengua con fastidio. Ese chico no cambiaría nunca. Negué con la cabeza y me alejé.

—¡Nos vemos luego tío!

—Sí, sí. —Dije, sin prestarle atención, despachándolo con un movimiento de muñeca.

Tenía una chica a la que conquistar. De nuevo.

Me encaminé hacia el gimnasio y me senté en la primera fila de gradas que había. Pensé en la conversación que tuvimos días antes. Ella decía que los únicos sitios que aguantaba eran la biblioteca y el sitio en el que estaba ahora. Así que tal vez debiera empezar por el mismo sitio que empecé la primera vez. La biblioteca. En esos tiempos era la biblioteca infantil de un hospital. Ahora tendría que conformarme con la biblioteca de una universidad plagada de gente. Suspiré. Era una tarea mucho más difícil. Pero tenía que encontrar la forma. El siguiente paso podría ser este gimnasio. Sonreí. Se acercaba el momento de la celebración de finales de cuatrimestre... Era una idea arriesgada, pero debía intentarlo. La última

opción que me quedaba era el conservatorio. O... Tal vez no. Me quedaba una última y desesperada opción. Las redes sociales. Y ésa, aunque era la apuesta más arriesgada, era por la que pensaba empezar. Abrí Snapchat y me creé una cuenta. Hacía días que le daba vueltas a la idea, pero dado que no contestaba a quien no conocía, debía ser precavido e inteligente. Tenía que hacer que quisiera hablarme. Introduje mis datos. Empezaba la función.

## Capítulo 9

### **Skyelynn.**

Literato94: «Hola, ¿Skyelynn Helters?»

SkyeHeld: «La misma. ¿Quién eres?»

Literato94: «Bueno, me gustaría permanecer en el anonimato, si me lo permites.»

SkyeHeld: «¿Eres un acosador? Si es así, no, no te lo permito.»

Literato94: «Oh, no. Nada de eso. Simplemente soy un chico al que le gusta la literatura y la música, nada más.»

Me quedé mirando la pantalla dudosa. ¿Que quería ese tipo? Si más no, era un literato, como su user indicaba, pero eso no quitaba que fuera un ser desagradable que quisiera propasarse conmigo. Por otro lado... ¿Un chico aficionado a la literatura y a la música? ¡No había nada más sumamente sexy! Me lo estaba poniendo difícil. No podía ignorar a un chico así, de buenas a primeras. Pero tampoco podía permitir que nadie más entrara en mi vida. Ya se lo había permitido a Vaughan y a Peter. Gruñí frustrada.

—¿Qué ocurre, Skye? —Preguntó Peter a mi lado.

—Oh, nada. —Respondí, con inocencia—. Es sólo un chico que me ha empezado a hablar por Snap.

—¿No es el mismo que antes?

—No, es... otro. Y distinto por completo al anterior.

—¿Distinto en que sentido? ¿A este lo conoces?

Negué con la cabeza.

—¿Entonces? Vas a ignorarlo como al otro, ¿verdad?

—No sé. ¿Debo ignorarlo?

—Si has ignorado al otro, ¿por que a este no?

Miré la pantalla. No tenía respuesta para la pregunta de Peter, que a su vez era la misma que me formulaba a mi misma. ¿Qué debía hacer? Peter tenía razón en algo. Si había estado ignorando al chico anterior, ¿por que a éste no? Debía dar el mismo trato... O podía no hacerlo. Podía marcar mis propias reglas. Además, yo misma me estaba autoflagelando en cuanto a esto. Era libre de hablar con quien quisiera.

—Creo que... A él sí voy a contestarle.

—¿Por qué?

—Simple, él ha empezado preguntándome si podía mantenerse en el anonimato, mientras que el otro era algo pesado. Bueno, bastante pesado.

Me encogí de hombros. Peter asintió, ausente. Lo miré con el ceño fruncido y él levantó la cabeza. Me dedicó una sonrisa y se la devolví con timidez. Me cogió la mano más cercana a él y tragué saliva en grueso. ¿Qué se suponía que estaba haciendo? No sabía que hacer. Si la retiraba tal vez le sentara mal, pero si no lo hacía tal vez sacase conclusiones que no eran acertadas. El teléfono sonó con un tono corto y me separé de él, para contestar. Problema resuelto, momentáneamente.

Hayley: «¿Dónde estás, fea?»

Yo: «Donde tú no estás, jajá.»

Hayley: «Skyelynn Helders.»

Yo: «Oh, maldita sea, me ha llamado por mi nombre completo. Mejor huyo.»

Hayley: «Dios, no tienes remedio.»

Yo: «Lo sé, jaja. Estoy en Lutz, con Peter.»

Hayley: «Perfecto, en nada estamos allí.»

Yo: «¡Gracias!»

Hayley: «¿Y esa efusividad? ¿Es sarcasmo? Porque te juro que si me estás tomando el pelo, te ahogo por la noche.»

Yo: «Tranquila, me moriré pronto, no malgastes energía.»

Hayley: «Skye...»

Yo: «¿Qué? Es la verdad.»

Hayley: «Hasta ahora.»

Bloqueé el móvil y lo dejé encima de la mesa boca abajo. Suspiré y Peter levantó la vista de los apuntes de lengua castellana, pero no le presté atención alguna. ¿Debería empezar a terminar todo lo que tenía empezado para morirme en paz, como Clara del Valle en La casa de los Espíritus, de Isabel Allende? Tal vez era demasiado radical. Saqué el ordenador portátil de la mochila y lo puse encima de la mesa, saqué, a su vez, el libro-diario de 1994. Había decidido pasar a ordenador los libros-diarios, uno por uno, hasta la actualidad. Quería recordar todo lo que había sucedido en mi vida desde que nací hasta el mismo momento en el que estaba escribiendo. Aunque era una tarea bastante difícil. Ya que no retenía mucho en la mente. Era como si cada noche, al dormirme, se reseteara, como una máquina.

Abrí el librito por la primera hoja. Ponía «1994» en letras grandes y debajo mi nombre completo con la perfecta caligrafía de mi madre. Suspiré y pasé los dedos por encima de la tinta. Estaba algo gastada, y las páginas amarillentas. Pero tenía claro que cualquiera de los libros-diario que estuviera escrito con su letra, no iba a tirarlos jamás. Tenía pocas cosas suyas, pero las iba a conservar hasta que acabase como ella. En un foso de un cementerio cualquiera. Me puse manos a la obra. Cuando Hayley y Nick llegaron, ya llevaba un mes de mi vida escrito. Ocuparon las sillas vacías en torno a la mesa en silencio. Hayley sabía mi fijación por quererlo pasar a ordenador, ya que se lo había comunicado esa misma mañana, y ella me animó a hacerlo. Pero yo tenía ganas de pasar esos años de mi vida rápido para llegar al 2001. Llevaba días pensando en ello. Sabía que el primer encontronazo con Vaughan no fue por casualidad. Las casualidades no existen.

—¿Skye? —Y hablando del rey de Roma...

Dejé de escribir y puse un pequeño marcapáginas en la intersección entre ambas hojas. Cerré el libro-diario y me giré hacia él.

—Hola, Vaughan.

Me sonrió y me giré de nuevo hacia el ordenador. Lo guardé, poniéndole una contraseña al word para que no pudiese leerlo nadie más que yo. Vaughan miró el libro que acababa de cerrar y la pantalla

simultáneamente con el ceño fruncido. Me giré hacia él de nuevo. Pestañeó y sacudió la cabeza.

—Me preguntaba si... Querrías quedar luego en el conservatorio.

—Claro, tengo ensayo hoy.

—Perfecto. Nos veremos allí.

—Hasta luego.

Vaughan se fue tal y como había venido, y todos se giraron hacia mí. Resoplé cual caballo y volví a abrir el libro y el word, pasando de ellos. Pero no pude escribir ni una sola letra, aunque me dispuse a ello con ganas. Sus miradas me atravesaban como puñales. Cerré la pantalla del portátil y les miré.

—¿Qué pasa?

—Sabes perfectamente que pasa, Skye. Vaughan no es buena compañía.

—¿Sabes que pasa, Hay? Que me da igual lo que pienses. Vaughan no me ha hecho nada malo, por lo que no voy a dejar de ser su amiga sólo por que esté enfermo, ¿lo entiendes?

—No lo ha hecho aún, pero puede hacerlo. —Dijo Nick.

—Yo también estoy enferma, Nick. Y no por ello me dejáis de lado.

—Tu enfermedad es distinta.

—No. Tal vez la mía sea terminal, pero todos moriremos, ¿entiendes? No hay ninguna diferencia. La mía es corporal, y la suya mental. ¿Pero que más da? Somos distintos al resto, pero no por ello debo dejarlo de lado. Nadie me llevó la contraria. La cafetería se quedó en silencio. Salí de allí como alma que lleva al diablo, pero alguien me cogió del brazo nada más salir. Me topé de frente con sus ojos azules, sus tatuajes, pero no había ni rastro de los piercings que le decoraban la cara antaño. Sonreí. Él, me devolvió la sonrisa. Y, sin preguntar, sabía que me había oído. Y, sabía también, que no le había disgustado en absoluto lo que había escuchado.

—¿Te parece bien que vayamos ya allí? —Preguntó, en un susurro.

—Me parece genial. —Respondí, mirándolo a los ojos por vez primera desde tan cerca.

## Capítulo 10